

# La otra cara de la deforestación del Amazonas

La deforestación de la selva amazónica a manos de madereros y hacendados que utilizan los terrenos devastados para sus granjas y pastizales, avanza a un ritmo completamente destructor para el equilibrio sostenible del planeta. Dos profesores de la UCM han sido testigos de esta situación y denuncian otro de los efectos que está teniendo y que es menos conocido: la extinción de las tribus autóctonas, como los awá, que ya apenas pueden vivir de los recursos de la selva.

ISABEL BERNAL

Cada día nos llegan noticias a través de los medios de comunicación de la brutal deforestación que está sufriendo la Amazonía brasileña. La apertura de carreteras, la extracción de maderas, el fuego, la sequía por el cambio climático, la agricultura y la ganadería están acabando a un ritmo vertiginoso con el llamado *pulmón del planeta*, y a su vez, con las tribus que habitan sus selvas.

Los profesores de Prehistoria de la Universidad Complutense, Almudena Hernando y Alfredo González Ruibal viajaron el pasado año a una región del Amazonas como parte de un equipo de investigación, dirigido por Hernando, dedicado al estudio etnoarqueológico de los indios awá, una tribu de cazadores-recolectores del estado de Maranhão en Brasil.

Una vez allí, conocieron la dramática situación que están viviendo por las invasiones ilegítimas y devastadoras de sus tierras. Desde entonces están volcando todos sus esfuerzos en denunciar estos hechos, acudiendo a todas las organizaciones e

**La FUNAI persigue a los madereros pero es difícil realizar su labor eficazmente en este entramado de intereses económicos y de poder**

## Investigación y cooperación, de la mano

El proyecto en el que trabajan los profesores complutenses Almudena Hernando y Alfredo González Ruibal era en un principio un trabajo de investigación etnoarqueológica — una especialidad que mezcla la arqueología con la antropología — de los indios awá, financiado por el Instituto de Patrimonio Histórico Español (IPHE), dependiente de Cultura, en 2006 y por el Ministerio de Educación y Ciencia desde 2007 hasta 2009.

«Pero después de haber sido testigos directos de la invasión de los madereros en sus tierras legalmente demarcadas, para nosotros la investigación deja de te-

ner sentido si no hacemos todos los esfuerzos posibles por ayudarles a algo tan simple como es sobrevivir», comenta la profesora Hernando.

Por ello, presentaron un proyecto de cooperación en la UCM que fue aprobado en la III Convocatoria de Proyectos de Cooperación del Vicerrectorado de Relaciones Institucionales y Ayuda al Desarrollo, por el que también obtuvieron financiación. Este proyecto tiene como objetivos documentar la cultura tradicional awá; contribuir al desarrollo de políticas que permitan a los awá mantener su modelo de vida cazador-recolector tradicional tal y como

instituciones que puedan hacer algo por intentar cambiar esta situación. Los awá viven actualmente en tres reservas del estado de Maranhão, Alto Turiaçu, Awá y Carú, áreas demarcadas y protegidas por la FUNAI (Fundación Nacional del Indio) la agencia nacional brasileña de protección de los indios, dependiente del Ministerio de Justicia. A pesar de ser zonas protegidas por el Gobierno, madereros ilegales penetran en la selva utilizando maquinaria pesada para abrir caminos y carreteras, arrasando a su paso la vegetación, cortando ríos y destruyendo el hábitat natural de la zona. Su objetivo es la tala selectiva de ciertas especies de árboles comercializables, que suelen ser los de mejor madera y más edad.

«Estos caminos abiertos por los madereros son además una puerta para hacendados, ganaderos y campesinos que ocupan estas tierras para construir sus granjas y crear zonas de cultivo y pastoreo mediante la tala y la quema de la vegetación autóctona. Brasil es un país muy pobre y los campesinos van en busca de tierras a las reservas amazónicas», explica Hernando. La deforestación está provocando graves efectos en el ecosistema. Muchos animales salvajes han huido por la desaparición de la vegetación y la presencia humana, otros mueren a manos de los grupos de madereros, y los ríos comienzan a secarse. Debido a la invasión humana y la destrucción de su hábitat, el



espacio de los awá, que siempre se han movido libremente por la selva en busca de caza, se ve cada vez más reducido. Por ejemplo, la reserva awá, donde trabaja el equipo de Almudena Hernando, cuenta con una extensión teórica de 110.000 hectáreas, pero tan sólo se puede utilizar una décima parte de la zona. Sin caza, sin pesca, sin agua, cada vez es más difícil para los Awá poder sobrevivir.

Los madereros son perseguidos constantemente por los agentes de la FUNAI. Por eso, a su paso van construyendo enormes barridas de manera que no se pueda

acceder a sus campamentos. Aún así, en muchas ocasiones los agentes logran detener a estos grupos y retirar sus asentamientos, pero al poco tiempo vuelven a salir en libertad.

Como explica la profesora complutense, Brasil cuenta con una de las mejores legislaciones del mundo de protección de indígenas, pero la eficacia real de estas medidas es a veces muy reducida, ya que es difícil que el escaso personal de los puestos pueda controlar todo el área demarcada. «Una parte significativa de los directivos y personal de la FUNAI son gente muy

concienciada e implicada en la defensa y ayuda de los indios, pero resulta muy complicado llevar a cabo eficazmente su labor en medio de un sistema formado por redes tan intrincadas de intereses económicos y de poder», apunta.

Almudena Hernando explica que «la cooperación no es sólo un deber ético, sino también institucional. Sabemos que no es posible intervenir institucionalmente y que la única manera de ayudarles es provocar un estado de opinión que les favorezca y que sirva de presión a las instituciones brasileñas encargadas de tomar medidas».



En la imagen de la izquierda, varios agentes de la FUNAI intentan eliminar una de las barridas construidas por los madereros con grandes troncos de árboles para impedir el acceso a sus campamentos. Sobre esta línea, el cauce de un río completamente cortado por la construcción ilegal de una carretera. Abajo, una mujer awá en su choza. En la parte inferior, a la izquierda, miembros de una familia awá junto a su vivienda tradicional. A su derecha, varios indios volviendo de la cacería de monos, con las lanzas y flechas que ellos mismo fabrican. Junto a esa imagen, otra de las enormes barridas colocadas por los madereros.

FOTOGRAFÍAS: A. HERNANDO / A. GONZÁLEZ



## La lenta extinción de la cultura tradicional de los awá



Los awá, tradicionalmente conocidos como guajá, son un grupo de indios del tronco lingüístico tupí-guaraní, que habitan en la Amazonia brasileña del estado de Maranhão. La FUNAI ha ido trasladando a los awá a sus puestos en las reservas de Alto Turiaçu, Awá y Carú desde hace unos 30 años, tras encontrarlos aislados o perdidos en la selva después de haber sufrido ataques invasores y claras masacres. En una cuarta reserva, la Arariboia, se acaba de localizar algunos awá no contactados.

Aunque todavía queda un número indefinido de awá aislados, unos 300 ya viven en estos puestos, lo que provoca cambios de gran trascendencia para estos indios: familias rotas, enfrentarse a otros awá adaptados y, sobre todo, la transformación de sus hábitos. Originalmente, los awá se movían constante y libremente por la selva para conseguir productos naturales de la caza y recolección. Ahora tienen en los puestos de la FUNAI un cam-

pamento fijo, lo que les lleva a construir otros tipos de viviendas muy distintas a sus chozas originales y a realizar sólo breves incursiones en la selva.

La reducción de la movilidad a la que se ven obligados por la deforestación hace pensar a la FUNAI que los recursos silvestres de los que viven los awá se irán agotando en su entorno cercano. Por ello, intentan enseñar a los indios el cultivo de mandioca y arroz, a través del método de la roza, un tipo de agricultura que, irónicamente, se basa en un mecanismo de tala y quema que en nada ayuda a mejorar la delicada situación de la Amazonia brasileña.

Los awá se resisten a estas prácticas que transforman toda su relación con el mundo, pero su cultura se encuentra en una situación de altísimo riesgo de transformación y posterior extinción. Este cambio tal vez les permitirá sobrevivir, pero quedarán asimilados a las culturas campesinas que les rodean.

